

Para la representación del drama *Aureolo* era costumbre en el Anfiteatro formar dos escenarios separados. Esta vez no se observó tal costumbre, porque el principal objeto de la representación era el de proporcionar al pueblo el divertido espectáculo de un hombre devorado por un oso. Generalmente el papel del animal estaba confiado á un comediante, que se cubría con una piel de oso; ahora debían confundirse la ficción y la realidad. Era una nueva idea de Tigelino. En un principio, César pensaba no asistir; pero luego, cediendo al deseo de su amigo predilecto, había resuelto acudir al Circo. Tigelino declaró que, después de cuanto había sucedido en los jardines, su deber era presentarse ante el público, asegurándole que el esclavo crucificado no le insultaría como Crispo. Además, estando el pueblo harto de sangre, se le prometieron loterías, regalos y fiestas, y como el espectáculo debía celebrarse de noche, el Anfiteatro se iluminaría espléndidamente. Al anoecer el Circo estaba lleno; los cortesanos, guiados por Tigelino, concurrieron todos, no sólo por afición al espectáculo, sino para demostrar su adhesión á César y el poco caso que hacían de las palabras de Quilón, de quien se ocupaba Roma entera.

Se murmuraba que César, de regreso de los jardines, había sufrido un acceso de ira furibunda, y que asaltado por espantosas visiones y tormentos terribles, no había podido descansar, por lo cual había resuelto partir á la mañana siguiente.

Otros negaban fundamento á tales rumores, asegurando que perseguiría á los cristianos con más crueldad que antes. No faltaban gentes pusilánimes y temerosas que anunciaban que la acusación contra César lanzada por el griego produciría las más tristes consecuencias. Otros rogaban á Tigelino, por amor á la humanidad, que desistiese de la persecución.

— ¡Ya veis lo que habéis logrado!, decía Barco Sorano. Querfais aplacar la ira del pueblo, convencerle de que el castigo servía de escarmiento á los malvados, y habéis obtenido lo contrario.

— ¡Verdad!, añadía Antistio Vero. Todos empiezan á murmurar que los cristianos son inocentes. Si estos procedimientos han de demostrar vuestra perspicacia, tiene razón en este caso el griego Quilón cuando afirma que vuestro cerebro podría encerrarse en una cáscara de nuez.

Tigelino se volvió para contestar:

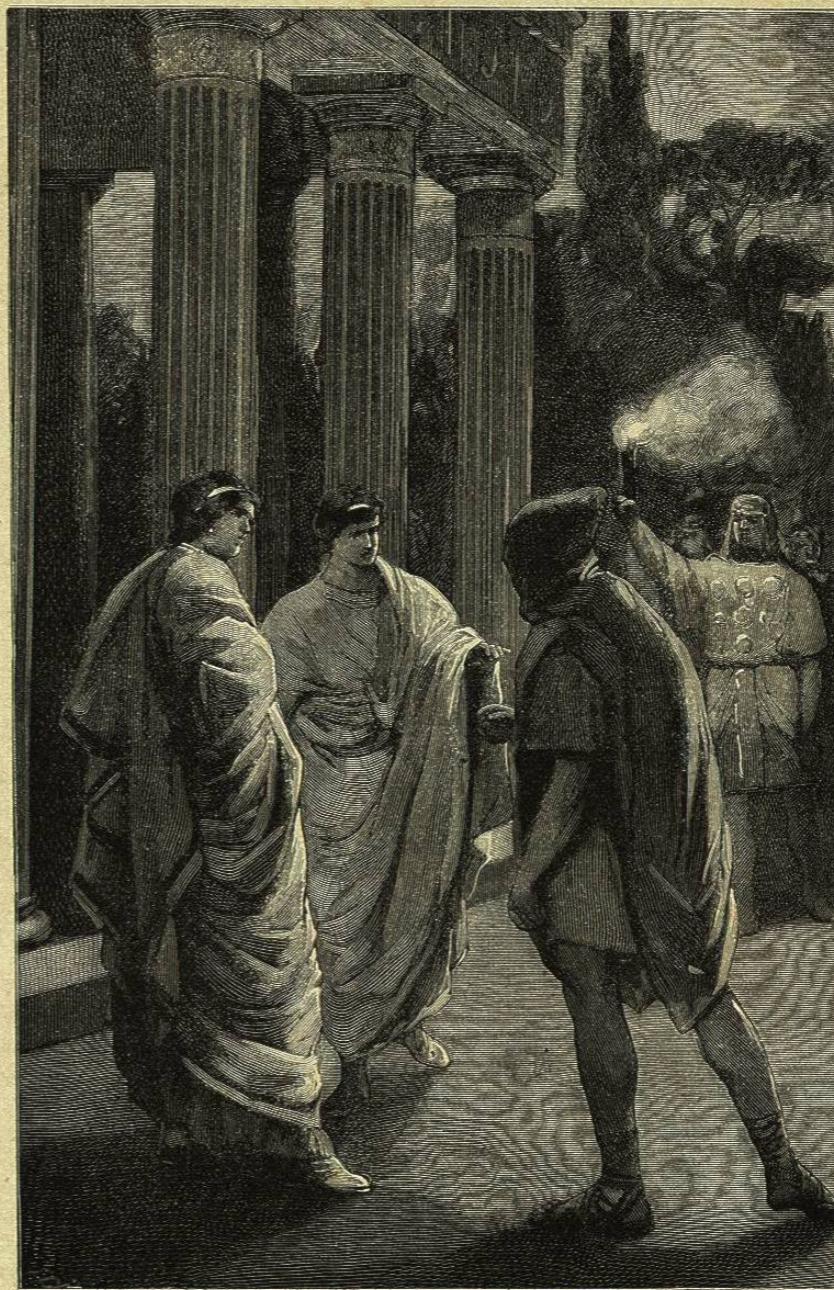
— Barco Sorano, el pueblo murmura que tu hija Sevilla ha ocultado á la justicia de César á sus esclavos cristianos, y lo mismo se dice de tu mujer, Antistio.

— ¡No es verdad!, exclamó Barco, inquieto.

— Tus mujeres divorciadas quieren perder á la mía, porque la envidian por su virtud, respondió Antistio Vero, un poco excitado.

Otros hablaban de Quilón.

— ¿Qué le ha sucedido?, preguntaba Eprio Marcelo. Él mismo entregó á los



Una persona envuelta en obscuro manto se aproximó á ellos. — (Pág. 333.)

cristianos á manos de Tigelino; de mendigo se convirtió en rico señor; hubiera podido terminar tranquilamente sus días, tener un funeral brillante, poseer una tumba... Ahora, en cambio, nada. Prefirió perderse. ¡Debe, por fuerza, haberse vuelto loco!

— No, loco no, pero sí cristiano, interrumpió Tigelino.

— ¡Imposible!, dijo Vitelio.

— ¿No os lo dije?, añadió Vestinio. Matad á los cristianos, si así os place; pero, ¡creedme!, no podréis vencer á su Dios. Con Él no hay que bromear. ¡Mirad las consecuencias! Yo no he incendiado Roma; pero, si César lo permite, ofreceré una hecatombe al Dios de los cristianos; y todos deberían hacer lo mismo; porque, repito, con Él no hay que bromear. ¡Acordaos de mis palabras!

— Y yo dije algo más, agregó Petronio. Tigelino se rió cuando afirmé que ellos se armaban; ahora añado: ¡ellos vencerán!

— ¿Qué quieres decir?, preguntaron algunos.

— ¡Por Pólux! Es lo que sucederá. Porque si un hombre como Quilón no pudo resistir, ¿quién podrá hacerlo? Si no creéis que el número de cristianos aumenta después de cada espectáculo, haceos caldereros, barberos, y sabréis lo que piensa el pueblo y lo que sucede en la ciudad.

— ¡Por el sacro peplo de Diana! Petronio dice la pura verdad, exclamó Vestinio.

Barco preguntó á Petronio:

— Y tú, ¿qué consecuencia sacas de todo esto?

— Concluyo con lo mismo con que habéis empezado... Se ha derramado ya bastante sangre.

Tigelino le miró, exclamando con cierto sarcasmo:

— ¡Oh! ¡Aún queda un poco!

— Si tu cabeza no te basta, tienes otra en el puño de tu bastón de paseo, dijo Petronio.

Las conversaciones fueron interrumpidas por la llegada de César, que hizo sentar á Pitágoras á su lado. Inmediatamente después se dió principio á la representación de *Aureolo*, sin que nadie pusiese en ella mucha atención, pues todos los espectadores, acostumbrados á la sangre y á los martirios, se aburrían; lanzaban gritos, por cierto nada halagüeños para la corte, pidiendo la escena del oso, única que ofrecía interés. Si el pueblo no hubiese esperado los regalos, ni abrigado la esperanza de ver á Quilón, el teatro hubiera quedado despejado al momento.

¡Por fin llegó el instante deseado! Los siervos del Circo sacaron primeramente una cruz de madera, bastante baja á fin de que el oso, levantándose sobre las patas traseras, pudiese alcanzar el pecho del mártir. Dos hombres condujeron, mejor dicho, arrastraron hacia la arena á Quilón, porque el desgraciado estaba extenuado, sin poder dar ni un paso. Lo colocaron sobre el madero, clavándolo con tanta rapidez que los curiosos cortesanos no pudieron ver la cruenta operación. Cuando la cruz se elevó sobre el sitio señalado, todas las miradas se concentraron en la víctima. Pocos, sin embargo, reconocieron en aquel hombre desnudo al Quilón de otro tiempo. Tigelino le había sometido á tales torturas, que apenas le dejaron una gota de sangre. Únicamente sobre la canosa barba se destacaba una mancha purpúrea, que le quedó cuando le arrancaron la lengua. A través de la piel podían haberse contado fácilmente los huesos; parecía más viejo y más acabado. Antes sus miradas eran vivas y centelleantes, por astucia y maldad, y su rostro expresaba la inquietud y el ansia; ahora se distinguía en él la expresión del dolor, pero de un dolor tan dulce y tranquilo como el que podía dibujarse en el rostro de un dormido ó de

un difunto. Quizás en aquel instante recordaba al ladrón crucificado, á quien perdonó Cristo; tal vez desde el fondo de su alma dirigía al Dios de misericordia una ardiente plegaria:

«¡Oh Señor! Yo mordí como un animal venenoso, pero fui desgraciado toda la vida. Yo casi moría de hambre, fui pisoteado, azotado y escarnecido. Era pobre y miserable, y ahora soy torturado y crucificado; pero Tú, oh misericordioso Señor, no me rechazarás en esta hora suprema.»

La paz descendía á su corazón dolorido; nadie reía, porque aquel desventurado estaba tan tranquilo, era tan viejo, tan débil, tan desfallecido, que todos espontáneamente se preguntaban cómo podía permitirse que torturasen y crucificasen á seres que ya tenían un pie en la tumba. La muchedumbre callaba; Vestinio murmuraba con voz trémula á oídos de los augustianos que tenía cerca: «¿Veis cómo mueren?» Otros buscaban al oso, deseando que el espectáculo terminase todo lo antes posible.

El oso entró en la arena sacudiendo la cabeza, mirando á su alrededor, como buscando ó deseando algo. Por último, distinguió la cruz y el cuerpo desnudo. Aproximándose, se levantó sobre las patas posteriores, para caer en seguida; después se acurrucó bajo la cruz, lanzando un gruñido; parecía que hasta en el animal se había despertado un sentimiento de piedad hacia aquel esqueleto humano.

Los esclavos del Circo dieron un grito para excitar al oso, mientras los espectadores permanecían en el más absoluto silencio.

Quilón, moviendo ligeramente la cabeza, miraba á la muchedumbre con sus ojos casi apagados, que de pronto se fijaron en las gradas superiores del Anfiteatro; su pecho pareció reanimarse y sucedió una cosa que causó general sorpresa y asombro. Una sonrisa iluminó su rostro, su frente brillaba con un rayo de luz, sus ojos se levantaron hacia el cielo y dos lágrimas le humedecieron las mejillas.

¡Así moría Quilón!

Al mismo tiempo una voz masculina resonó, clara y potente, bajo el velario:

— ¡Descansen en paz los mártires!

En el Anfiteatro reinaba un silencio profundo y solemne.

Después de celebrados los espectáculos en los jardines de César, las cárceles habían quedado casi vacías. Los soldados continuaban dando caza á los secuaces de la «superstición oriental,» pero la persecución no proporcionaba el número de prisioneros suficiente para las próximas representaciones.

La muchedumbre estaba harta de sangre; las náuseas acometían á todos los espectadores. La inaudita paciencia de las víctimas les contrariaba, así es que miles de personas empezaron á participar de los temores de Vestinio. Unos referían historias terribles acerca del espíritu vengador del Dios de los cristianos. La fiebre, que de las cárceles se había propagado á la ciudad, aumentaba el temor del pueblo; siendo imposible ocultar el número de muertos, todos pensaban en nuevos sacrificios para aplacar al Dios desconocido; en los templos de Júpiter y de Libitina se ofrecían víctimas continuamente. A pesar de los esfuerzos del prefecto y de sus secuaces, seguía ganando terreno la convicción de que Roma había sido incendiada por orden de César, y que los cristianos sufrían sin ser culpables.

Esto movía á Nerón y á Tigelino á renovar las persecuciones. Para pacificar al pueblo, se repartían vinos, granos y aceitunas; se promulgaron nuevas leyes para facilitar la construcción de las casas, determinando al mismo tiempo la extensión que debían tener las calles y los materiales para edificaciones, á fin de evitar el peligro de un nuevo incendio. El mismo César tomaba parte en las sesiones del Senado, aconsejándose de unos y otros para el bien de Roma y del pueblo. ¡Pero ni una sombra de gracia para los condenados! Ante todo se esforzaba el *dominador del mundo* por convencer al pueblo de que aquel desapiadado castigo caía sólo sobre los culpables. En el Senado nadie se atrevía á levantar la voz en favor de los cristianos, por temor de atraerse la cólera de Nerón. Los que vislumbraban el porvenir, reconocían claramente que los fundamentos del dominio romano estaban amenazados por aquella fe, ante cuyo poder se derrumbarían.

Los muertos y los moribundos eran restituidos á sus respectivas familias, porque las leyes romanas no permitían la venganza sobre los cadáveres. Vinicio experimentaba algún consuelo con la idea de que, cuando muriese Licia, podría ser sepultada en la tumba de su familia y se le permitiría reposar á su lado. Había perdido toda esperanza de salvarla. Atribulado como estaba, su espíritu se ocupaba únicamente de Cristo, soñando que se reuniría con Él en la eternidad. Era su fe ilimitada, inquebrantable, y á su luz la eternidad se le presentaba mil veces más real que la fugaz vida terrena. Aun estando vivo, se había transformado en un ser casi incorpóreo, que anhelaba para él y para Licia la completa liberación. Una vez libres, pensaba entre sí, se dirigirían cogidos de la mano hacia el cielo, donde Cristo les bendeciría y les concedería una vida de felicidad en el esplendor eterno. Rogaba á Cristo que impidiese la muerte de Licia en el Circo, entre los mártires, pero

que la dejase morir tranquilamente en la cárcel, no dudando que él expiraría á la misma hora. Pero ante la considerable cantidad de sangre derramada, juzgaba temeraria la esperanza de que sólo Licia se librara del martirio, el cual la esperaba también á ella, según había oído de labios de Pedro y de Pablo. Quilón, sobre la cruz, había demostrado que hasta el martirio podía ser dulce, y lo deseaba para sí como liberación de una existencia miserable.

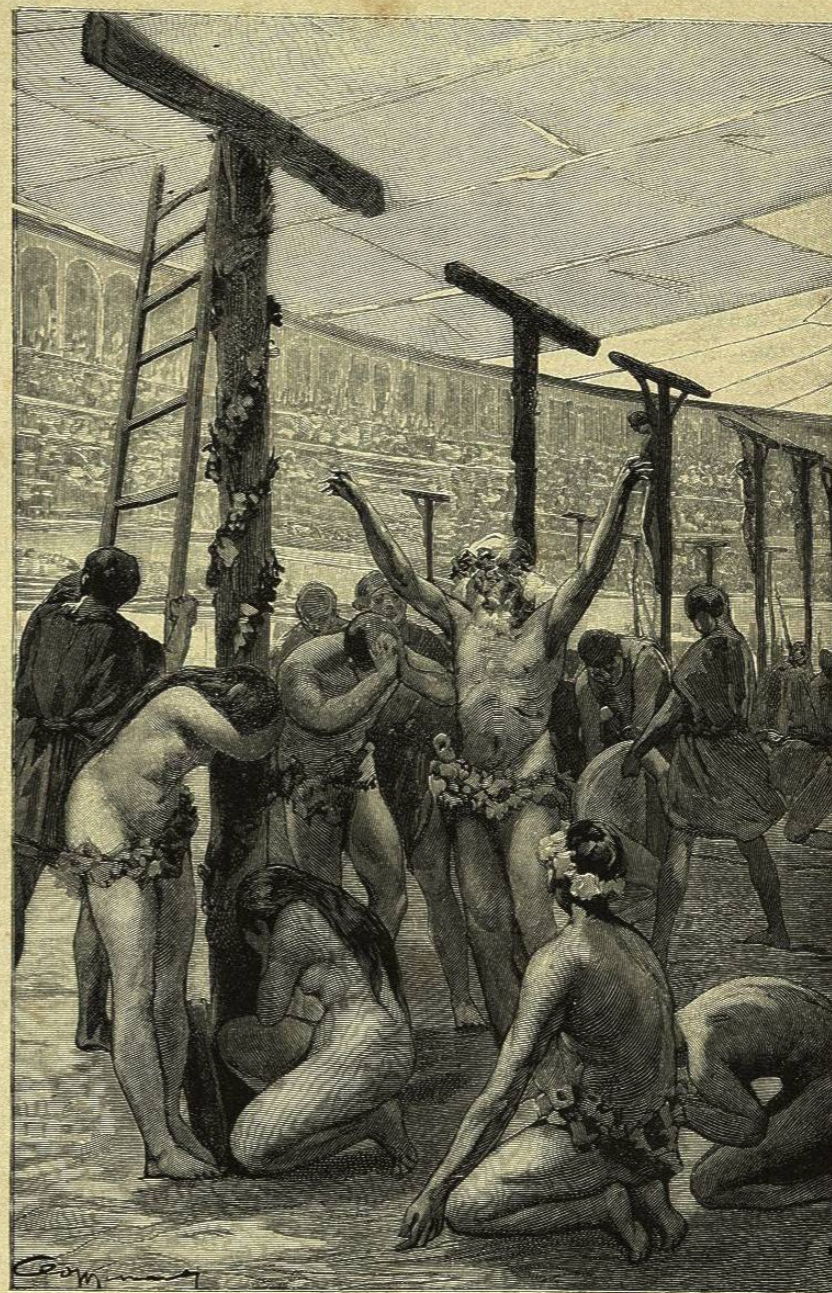
A veces sentía anticipadamente el placer de la vida futura. La tristeza que envolvía sus dos almas perdía insensiblemente su amargura, convirtiéndose en una tranquila resignación con la voluntad de Dios. Vinicio, que antes había intentado luchar contra la corriente, se abandonaba á ella, confiando en que le llevaría al eterno descanso; presumía que Licia, como él, estaba dispuesta á morir, y aunque separados por los muros de la cárcel, se encontrarían en el momento solemne. Y esta idea le llenaba de inefable consuelo.

Y efectivamente, ambos marchaban de acuerdo, como si diariamente se hubiesen comunicado sus impresiones. Licia tampoco deseaba nada, no esperaba nada, fuera de la vida celestial; para ella la muerte sólo significaba la liberación de los horribles muros de la cárcel, de las manos de Nerón y de Tigelino, y la unión con Vinicio. Por esto anhelaba que llegase la hora de la muerte, como una prometida suspira por el día de la boda.

Aquel torrente de fe que transportaba desde la vida terrena hasta la eternidad á tantos millares de aquellos primeros creyentes, arrastraba también á Ursus. Tampoco podía conformarse con la idea de que Licia había de morir; pero como cada día penetraban á través de los muros de la cárcel las noticias de lo que ocurría en el Anfiteatro y en los jardines, y como la muerte era la suerte común é inevitable de los cristianos y también su felicidad, una felicidad más grande que otra dicha terrena, Ursus no se atrevía á pedir á Cristo que privase á Licia de tal felicidad. En su ingenuidad pensaba que correspondía á la hija del rey de los licios una parte grandísima de aquella dicha celestial, que gozaría de placeres mayores y más elevados que los que habían de concederse á hombres como él y que sería colocada más cerca que otros del trono del Altísimo. Verdad que había oído que ante Dios todos eran iguales; pero en el fondo de su alma estaba persuadido de que la hija de un rey, y sobre todo de un rey de tantos licios, debía ser preferida á un esclavo cualquiera. Esperaba además que Cristo le permitiría que continuara sirviéndola. Su único secreto consistía en el deseo de morir sobre una cruz como el Divino Cordero; pero esto le parecía tanta felicidad, que no se atrevía á esperarla, aunque sabía que por la ley romana los más grandes delincuentes eran crucificados. No dudaba de que se le destinaría á morir entre las fieras, y esto era para él un sufrimiento. Desde su infancia había vivido en bosques inexplorados, cazando continuamente, y merced á su fuerza hercúlea se había hecho célebre entre los licios antes de llegar á la adolescencia. Aquella ocupación le era tan familiar y grata, que más tarde en Roma pasaba los días en los vivares y en los anfiteatros para ver animales conocidos é ignorados, cuya vista despertaba en él un ardiente deseo de lucha; así es que temía ser tentado en el Anfiteatro por pensamientos indignos de un cristiano, cuyo deber era morir con piedad y con resignación. Sin embargo, se entregaba á la voluntad de Dios, consolándose con otras reflexiones más agradables. El Divino Cordero había declarado guerra á las potencias infernales, á los espíritus malignos, entre los cuales la fe cristiana contaba las divinidades paganas; en esa guerra, Ursus creía poder ser más útil que otros al Señor, estando convencido de que su alma era más fuerte que la de los otros mártires. Oraba todo el día, socorría á los prisioneros, ayudaba á los guardianes, procurando al mismo tiempo

consolar á su dueña y señora cuando ésta se lamentaba de no haber hecho en su vida obras tan meritorias como la célebre Tabita, de quien Pedro había hablado. Hasta los carceleros, que le temían por su fuerza, no podían menos de estimarle por su ternura y piadosa solicitud. Más de una vez le preguntaron cuál era la causa de la alegría que manifestaba, y él habló con tanta seguridad de la vida que le esperaba más allá de la tumba, que los carceleros, oyéndole atentamente, hubieron de reconocer que la felicidad podía llegar al fondo de una prisión en la que ni siquiera penetraban los rayos del sol. Y cuando les animaba á creer en el Cordero, muchos pensaban que su trabajo era el de un esclavo, su vida la vida de un desgraciado, y que podía tenerse por miserable aquella existencia que acababa con la muerte.

Y la muerte significaba nuevo temor, sin prometer nada para luego; en cambio, el gigante y aquella virgen, que parecía una flor arrojada sobre la paja de un calabozo, corrían á su encuentro alegres, como vislumbrando la felicidad.



Dad gracias al Salvador por haberos concedido su misma muerte. — (Pág. 342.)